

# Expiación

## Esther Seligson

¿Qué has hecho? La voz de las sangres de tu hermano clama a mí desde el polvo de la tierra.

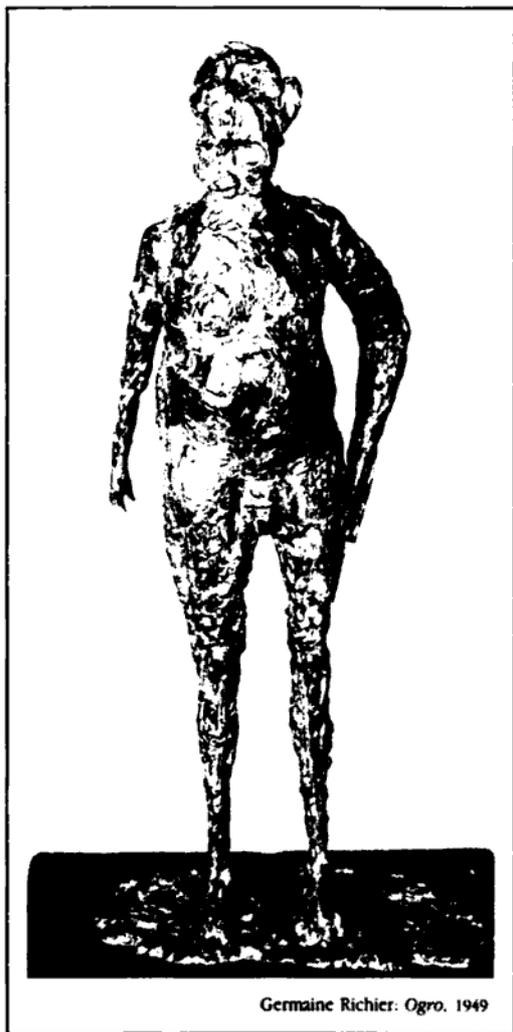
*Génesis IV, 10*

Ahí está, frío contra la piel caliente, ancho y corto, curvo por un lado, recto por el otro, plano, silencioso e inquieto, inocente aún, el mango largo del tamaño de la mano apretada sobre él, acero puro inoxidable, lo ha llevado días y noches, sin la funda, atado al cuello como quien se cuelga un amuleto, el hilo grueso de cuero que lo sostiene llega justo al pecho y de ahí pende, hacia el plexo solar, entre las tetillas, los filos amortiguados por el espeso vello negro —Amira enreda sus dedos y su lengua y ríe, imagino, dice, un bosque de pinos, aquí puedo descansar porque, después, en tu valle oscuro me disgrega el incendio— huérfano ahora, tanto hace ya que ni recuerda, de juegos y caricias, fue su opción, nadie lo convenció, algo, de pronto, se transformó en irremisible urgencia, algo más fuerte que su amor —ella así lo supo y se retiró, para no restarle la fuerza, para dársela de otra manera, un coraje sobrio— porque había que arraigarlo al suelo propio, a su permanencia, ¿cómo en tierra de nadie iban a habitar la casa de sus nupcias?, ¿dónde germinar las futuras fructificaciones? —ella entendió esa impotencia, la desesperanza, la vio crecer cuando el abrazo empezó a violar la ternura y corrompió al placer—, demasiado tiempo se desentendió de un diálogo que pasaba a través del odio, no creía en él, lo dijo y sostuvo frente a los otros, los extremistas apedreadores y suicidas, francotirador de una libertad condicionada, poeta que hizo del exilio interior morada, ninguna fatalidad, ningún destino tocó a su puerta, fue súbito como la eclosión de los almendros que se preparan en lento silencio y pretenden sorprender inesperados en la blancura de sus flores —Amira alarga las manos hacia las ramas, una mariposa no habría sido tan suave, luego le toca el rostro “para que te lleves su luz”, dice y se iluminan sus pupilas—, fue una pausa, un paréntesis, y no a consecuencia de un allanamiento más, de otra deportación errónea, de la cárcel injusta, de la cotidiana suspicacia, sino de la plenitud de su misma felicidad, una fisura mínima, tal vez un ritmo que se perturba apenas, una mota de arena en la respiración, una sospecha de muerte

una sospecha de muerte, una mota de arena en la respiración, tal vez un ritmo que se perturba apenas, una fisura mínima en lo que de por sí es pleno, un tufillo que impregna los olores del campo y envilece al perfume de los jazmines, la sorpresa de despertar una mañana a la intemperie a pesar de la tan amada cabeza reposando aún su sueño en la inmediata cercanía, después el tajo de la separación y el inicio de una búsqueda ciega, autónoma, secreta, una náusea de sangre, la imagen de un cuerpo que se desfonda y se hunde tranco a tranco, burbuja a burbuja, en un descenso presuroso por

hallarse ya en el altar de su inmolación, polvo en el polvo se supo desintegrado sin remedio, y se vio como aquél que llevó a cuestas su propia mortaja en la fatiga de una andanza milenaria sin lugar de reposo, pies sin huella, el hermano enemigo del hermano hasta confundir los nombres gemelos de su imposible fraternidad en la consigna de reparar ese cara a cara negado, fue entonces que lo encontró, cuando se fundió a su rostro el rostro de su contrario —ambos extranjeros—, y en la memoria las causas originales se hicieron tarea imposterizable de liberación mesiánica, cuando del calabozo donde cayera su razón se vinieron abajo los muros y el límite de lo prohibido se esfumó columna de niebla que el huracán borra para dejar únicamente el camino por recorrer, el propósito de devolverle sus justicias a la tierra mancillada y al hombre esclavo del hombre, pagó lo que el anticuario pidió por él sin discutir, como un conoedor que incluso considera inferior el precio al valor del objeto, horas enteras puliendo hasta que, espejo, manantial sin onda alguna, cordero sin tacha, se lo colgó al cuello, la punta sobre el fuelle de la respiración, frío, siempre frío, empezó a mezclarse con la muchedumbre en el mercado, a dejarse apretujar, a recibir codazos, empujones, algún sondeo subrepticio a sus bolsillos, tranquilo, sin escamotear insultos, como uno más, familiarizándose con la mirada ajena, las formas bajo la ropa, la silueta, la flacidez de la carne, la hondura, el costillar, reconociendo al sustituto perfecto —*Yo soy Tú cuando yo Yo soy*—, sacrificio ígneo de olor grato, y el lugar propiciatorio de fácil acceso y fácil huida, sombras que le traían al sueño la geografía precisa del camino que quería recorrer sin titubeos a la hora de atravesar el puente sin retorno, las simas del callejón sin salida, sueño sin reposo aunque exento de pesadillas

sueño sin reposo aunque exento de pesadillas, de imágenes, neutro, nada a qué aferrarse, tronco a la deriva, balsa de naufrago, bogar de hoja en una corriente abismal con la única conciencia del peso sobre el esternón y de la ofrenda por un gir, inclusive cuando decidió por fin introducirlo en una de las bolsas de su abrigo, su disfraz, ancho y largo, de paño negro, holgado, y transitar así en el mercado entre la gente y los puestos, invisible a fuerza de hacerse tan escurridizo y nimio, a veces sin siquiera apretarlo con la mano por el mango para que no fuese a salir a través de la tela, a herir con la punta, a rasgar inadvertido, porque el golpe tendría que ser uno certero y limpio, y tan profundo que ninguna queja emitiera, un fuego que estalla dentro de un recipiente sordo, ensordecido por la voracidad de sus mismas llamas —un instante flotó en su olvido la cabeza de Amira desmadejada hacia atrás, la boca entreabierta, sonriendo, los párpados semicerrados, el rostro reverbero en el éxtasis de su entrega—, consunción silenciosa de tan potente, papel que deviene ceniza y se arruga nervadura a nervadura, sin escurrir, un golpe uno y certero



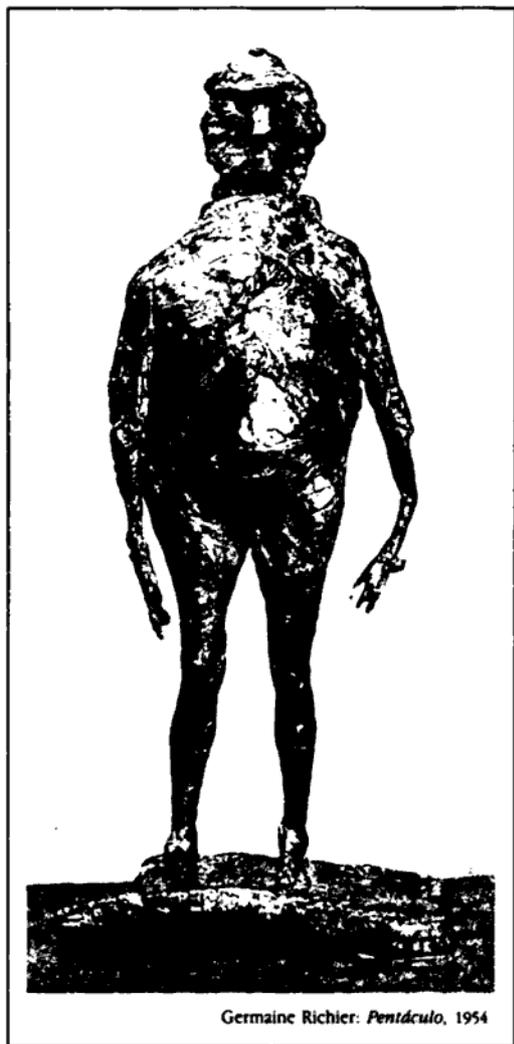
Germaine Richier: *Ogro*. 1949

—porque todo cuerpo, le había dicho ella antes de la ruptura, es templo de amor, no profanes el cuerpo santuario del espíritu ni profanes el espíritu tabernáculo de Dios—. golpe de obsidiana que abre veloz y extrae vivo al corazón aún antes de que el alma exhale su último aliento, venablo que se clava en la yugular con silbido imperceptible, la navaja que atraviesa sin obstáculo membranas y entresijos, la soga que corta de la cerviz el flujo vital, nada de venas tasajeadas, coágulos, salpicaduras onerosas, entrañas derramadas, saqueo de grosuras, hediondez, el golpe limpio sin mancha, apenas el piquete de un alfiler, aguijón de avispa, mordedura de áspid, la eficacia de un veneno letal, y así amaneció un amanecer con el puño aferrado al mango frío, los labios resecos y el aliento entrecortado, ligero no obstante, la hora llegada, bañado en el agua.

puro de toda iniquidad, oblación voluntaria, leve su cuerpo copo de nieve, vestiduras de lino vestiduras sagradas, el pensamiento la cuerda de un arco tenso, listo, vacío, cada músculo un ojo atento, cada nervio un vigía, la mirada carbón encendido, la voluntad en la decisión de ofrendar, de una vez y concluyente, el sacrificio expiatorio

la mirada carbón encendido —donde emerge la luz divina no hay lugar para otro fuego—, la voluntad en la decisión de ofrendarse sacrificio expiatorio sacrificio de reparación: *Ala u - akbar...* El grito lo confundió. A ciegas, ajeno a sí mismo, apuñaló a diestra y siniestra, sin tino alguno, antes de morir lapidado por los vengadores de la sangre. Expiación por el delito... □

Jerusalem, abril 1993



Germaine Richier: *Pentáculo*, 1954